

para extender la visión de ella y para ir revelando todo el contenido del llamado «material histórico» y determinando los factores que juegan de un modo más o menos decisivo, durante ciertos períodos o épocas, o en todos ellos, en el proceso del hacer humano. Con todas las exageraciones que en la mayoría se encuentran y que en algunos son singularmente notables, descartada la pretensión unilateral que perjudica a casi todos y trayéndolos a la propia esfera histórica en que la parte de investigación aprovechable que contienen se desarrolla, no cabe negar que han prestado servicios importantes a la Ciencia, ensanchando sus horizontes y acusando la complejidad de la obra humana que cada cual de ellos estudia en un aspecto, a menudo real y antes desconocido. El efecto positivo de todas esas tentativas y estudios se advierte considerando la enorme distancia que hay entre el modo de concebir y de escribir la historia de los pueblos hace algunos siglos y hoy día, y aun podría decirse entre los historiógrafos del xvii y los de fines del xix.

Los metodólogos, adelantándose teóricamente a los historiógrafos (1); éstos, procurando cumplir las

(1) No sucedió siempre así. El estudio del cambio que se fué produciendo, en cuanto a la apreciación del conteni-

exigencias de aquéllos y aprovechando las sugerencias de los «filósofos» de la Historia, o a veces levantando sistemas que aplicaban en son de ejemplo —verbigracia Taine—, han preparado el camino a la moderna comprensión de la historia humana, cada vez más amplia y profunda; y ésta labor, que nos permite evocar el pasado de la humanidad de una manera cada vez más vívida, con mayor penetración de todo lo que significó realmente, es un terreno firme en el cual cabe hallar contestación a varias de las preguntas que nuestro espíritu formula al contemplar ese pasado o meditar sobre él. Caminando sobre ese terreno con la debida prudencia y con todo el rigor crítico necesario para no dejarse llevar de fantasías (aunque no tengan pretensión «filosófica»), podemos unas veces encontrar conclusiones de verdadero valor científico; otras, hipótesis que servirán, a guisa de andamiaje para investigaciones futuras; y como esto es lo positivo, lo seguro, lo único que se nos ofrece para una buena parte de las aplicaciones políticas y morales que del conocido y al concepto de la historia, en los historiadores mismos, no se halla tan avanzado como el que se ha hecho con relación a los metodólogos; pero no es menos interesante y reserva muchas sorpresas, principalmente desde el siglo xviii.

miento histórico nos interesa sacar, vengamos a ello, en vez de despreciarlo por el señuelo de una más alta explicación, que aun siendo posible, no excluye aquel estudio ni lo inutiliza.

Dentro de los finesterrenos, humanos, perceptibles para nosotros (aquellos que son motivo de nuestras preocupaciones y de nuestros juicios), así como en nuestro legítimo afán de comprender más y más el modo cómo en cada momento los pueblos tienen conciencia de la obra que les corresponde cumplir, plantean los problemas que les son propios y los resuelven, lo que inmediatamente nos importa es el estudio de aquellos elementos históricos que pueden darnos esos conocimientos y fundamentar nuestras conclusiones; porque, en fin de todo, lo que de la historiografía trasciende a la masa de la humanidad y lo que le interesa principalmente, es la estimación crítica que de aquélla resulta para la obra de cada tiempo y de cada sujeto histórico, y la consideración en conjunto del movimiento humano relativamente a las necesidades de bienestar, de perfeccionamiento, de «progreso», como se suele decir, aunque con error, puesto que así se atribuye a la palabra un sentido que la hace sinónima de «mejora».

Claro que semejante punto de vista es muy subje-

tivo y variable, puesto que, según él, cada tiempo juzga los pasados conforme a su criterio social y moral, y ese criterio no es siempre el mismo; pero no tenemos otro, ni sería posible que lo tuviéramos, y así hay que someterse a la manera como se nos plantea la cuestión y despierta nuestro interés. Si queremos cada día averiguar con mayor precisión y amplitud la historia, no es por el simple placer estético de saber cosas (oir o leer relatos, como los niños leen y escuchan cuentos), sino para explicarnos por qué los hombres procedieron de tal o cual modo, aquilatar su responsabilidad y formular nuestro juicio sobre su conducta. Tengamos o no conciencia de ese deseo, él es la fuerza inicial de nuestra curiosidad histórica, ya para la justificación del agregado nacional o político a que pertenecemos, ya para la crítica de los otros; y el sedimento de apreciación que esos juicios van dejando en nuestro espíritu, es un factor determinante de nuestra conducta en la propia esfera de acción y relativamente a los demás. En una esfera más amplia y desinteresada, más por encima de las limitaciones nacionales, nos interesa igualmente saber qué camino lleva hecho la humanidad en lo que suponemos trayectoria hacia un estado cada vez más perfecto, qué grado de ventajas, en

suma, hemos adquirido hasta la hora presente, y cuáles son los medios más seguros que la misma Historia parece consagrar con su experiencia para afianzarlas y aumentarlas. Y lo que en el terreno de la apreciación concreta de cada pueblo llega a ser lucha de influencias y de intereses nacionales, en este otro es lucha de concepciones generales de vida, de sistemas de organización, de predominio de tales o cuales factores que, robustecida su argumentación especulativa por la experiencia histórica que pretenden haber hallado, alegan títulos para dirigir y dominar el conjunto.

Ese interés *práctico* que los hombres deducen de la investigación histórica, añade a ésta un valor nuevo sobre el que le corresponde en la pura esfera especulativa, y es uno de los motivos que fundamentan su estudio ante quienes lo combaten en nombre de un utilitarismo vulgar, eternamente discutido y renaciente.

La investigación que aquí nos hemos propuesto, abraza los dos puntos de vista referidos, respondiendo a la sugestión del tema hecha por el doctor Odell Lovet, presidente del Instituto Rice, para estas solemnes fiestas inaugurales. En primer lugar, trataremos del problema general de la historia humana, y

luego haremos un estudio particular de la acción de España en América.

El problema general de la historia humana es, desde el punto de vista en que aquí nos colocamos, el problema de su «civilización», o como también se dice, de su «progreso».

¿La humanidad se civiliza de un modo continuo e indefinido? ¿La civilización es una cosa estable, transmisibile y que se acrece por sucesivas aportaciones? ¿A qué grado de civilización hemos llegado, tomando en conjunto la humanidad o considerando los grupos de ella que estimamos más adelantados? Tales son las preguntas iniciales que la cuestión entraña.

¿Por qué medios se produce la civilización? ¿Cuál es, en consecuencia, la conducta que conviene seguir para afirmarla y aumentarla? Tales son las otras preguntas que inmediatamente de las primeras nos formulamos.

Y para las unas como para las otras, la contestación la buscamos, naturalmente, en la Historia, puesto que la civilización es *un hecho histórico*. Pero ese hecho se ha traducido, en nuestra inteligencia, en un

concepto; o, por mejor decir, la cualificación de civilizadas que aplicamos a ciertas acciones, a ciertas maneras de vivir y conducirse los hombres en sociedad (a diferencia de otras a las que no aplicamos ese adjetivo), depende de un criterio ideal, de clasificación: es decir, del concepto de «civilización» que tenemos. De aquí que, propiamente, la primera cuestión que necesitamos considerar y resolver es la de la exacta inteligencia de la palabra con que nombramos aquellas acciones y formas de conducta, o en otros términos, lo que ante todo se nos impone, es contestar a esta pregunta: «¿Qué es la civilización?»

Atendiendo al común sentir, a esa acepción general, pero vaga, que las palabras tienen para todos los hombres y que permite su uso en la conversación y aun en los libros, sin que cada vez que se pronuncian o se escriben sea necesario explicarlas, parece la respuesta cosa llana y fácil; y sin embargo, como también ocurre con esas palabras en cuanto se quiere precisar su sentido, éste, no sólo varía de unos hombres a otros—singularmente en los profesionales, en los especialistas—, sino que ofrece interpretaciones contradictorias muy a menudo.

Un rápido examen de los principales grupos de acepciones de la palabra «civilización», nos permitirá

hacernos cargo de esta dificultad con que, desde luego, se tropieza.

Descartemos aquel significado usual en la historiografía moderna y ya preludiado en el siglo XVIII (1), en virtud del que historia de la civilización (*Kulturgeschichte*) se opone a «historia política», o en que, también, se hace aquélla sinónima de historia interna de los pueblos en oposición a la *externa*, comprensiva sólo de los hechos políticos, mejor dicho, de una parte de los hechos políticos, los más superficiales y pasajeros (2). Esta oposición es ilógica, porque no responde a una realidad. La historia humana no se ha producido así, partida en dos esferas igualmente substantivas y que se pueden separar; y por otra parte, no cabe sostener que muchos (quizá ninguno) de los hechos de la estricta (?) historia política, sean extraños o indiferentes para la civilización; v. gr., la guerra. Pero aun cuando resolvamos esa ilógica oposición en una unidad superior, siempre tendríamos, cerrándonos el camino, este doble hecho: que entre las definiciones de «civilización», dadas con preten-

(1) Un estudio especial de este asunto puede hallarse en mi libro *La enseñanza de la Historia*, 2.^a edición.

(2) Sobre esta cuestión, véase también el libro antes citado.

siones científicas, apenas hay dos que concuerden (1), y que el criterio en virtud del cual los diferentes pueblos juzgan su civilización y la ajena, no suele ser el mismo para todos, por lo menos cuando tratan de fijar la cualidad principal y característica de aquel estado.

Un primer grupo de opiniones puede comprender aquéllas según las cuales «civilización» designa el estado general de un pueblo, a partir de un cierto grado de adelanto en su vida material e intelectual. Ese punto de partida suele fijarse en la invención y uso del hierro, en el descubrimiento de la escritura o en otro hecho análogo, antes del cual se califica a los hombres de incultos, o sea de «bárbaros» y «salvajes». Prescindamos de la inconsistencia y vacilación de ese límite, y recojamos, no más, de las opiniones referidas en este grupo, el concepto común, en virtud del que se dice: «civilización de Egipto»; «civilización de Grecia», etc., abrazando *la totalidad* de la vida de cada uno sin excluir ningún hecho, sean

(1) Creemos innecesario transcribir aquí una lista de esas definiciones. Cualquiera puede hallarlas en los tratadistas conocidos de esta materia. Escójase, por ejemplo, para tener representantes de varias tendencias, a Guizot, Burke, Gumpłowicz, Henry George, Kidd, Metchnikoff, Tolstoy, etc...

buenos o malos, concomitantes o no a la verdadera civilización en el sentir moderno de las cosas. Así, el historiador que expone la civilización de los griegos con este criterio, no excluye de ella la esclavitud, aunque a él le parezca injusta, ni la religión, aunque la crea falsa.

Diametralmente opuesto es el grupo de opiniones que, partiendo de un concepto dogmático (en parte ético, en parte material) de civilización, no incluyen en ella más que los hechos que consideran ajustados a ese concepto; y así, segregan de la civilización de un pueblo o de la humanidad, considerándolos como incivilizados y bárbaros, muchos hechos (no siempre los mismos) que en el punto de vista anterior se incluirían. Forman en este grupo todos los autores que estiman necesario, o cierto desarrollo en la vida material para que se califique de civilizado a un pueblo (o a un hombre), o cierta perfección en la conducta moral y en las relaciones humanas. Y claro es que el grupo, por esto mismo, se divide en infinidad de subgrupos, según el escritor juzgue que no puede incluirse en la civilización, sino que es propio de la barbarie o del salvajismo, la falta (conforme a su criterio) de justicia o de moral en tales o cuales órdenes de la vida, o la carencia de determi-

nada fe religiosa, o la ausencia de ciertos ideales o de éstas o las otras condiciones de educación, de voluntad, de confort, de higiene, etc., etc. Y esta diversidad de opiniones todavía se hace más compleja cuando—como ocurre a menudo—no se limitan los autores a dividir los hechos en dos categorías, sino que, extremando la nota, exigen la existencia de alguno o algunos determinados y con cierto desarrollo, para otorgar a un pueblo o a un momento de la historia la calificación de «civilizados», pretendiendo que, de faltar esos hechos, todos los demás de la vida material o espiritual, por mucha perfección que hayan alcanzado, son humanamente despreciables y no bastan para conceder el calificativo de civilizado a quien los realizó.

La mayoría de las opiniones que se pronuncian en este sentido, colocan tales hechos fundamentales o matrices en el orden moral, en el jurídico o en el intelectual; pero hay también otras para quienes el orden preferente es el de la vida material, más o menos en correspondencia con cierta organización de las relaciones sociales y de la esfera jurídica.

Un espíritu sereno, verdaderamente científico, no siente ante tal diversidad de puntos de vista la turbación que las cuestiones opinables suelen producir

en quienes, por carecer de criterio propio, están a merced del ajeno y fluctuando en medio de su frecuente variedad. Por el contrario, le afirma en lo que una visión clara de la realidad naturalmente debe sugerir, a saber: que la civilización es un estado de vida humana integrado por varios elementos fundamentales (desarrollo material, intelectual, moral, artístico, del carácter, antropológico, social, etcétera), todos necesarios (1) porque responden a condiciones también fundamentales de la vida humana; que su respectivo desenvolvimiento no es uniforme y paralelo, ni en la historia general de la humanidad ni en la particular de cada grupo, y que lo propio del concepto de civilización es ser un ideal de vida según el cual calificamos la de cada momento histórico, o el estado de cada orden o esfera del vivir de los pueblos. Responde, pues, a un concepto de *vida perfecta*; y en relación con él, señalamos grados de perfeccionamiento o de aproximación al ideal.

(1) Un concepto muy completo (porque abraza casi todos los aspectos de la vida) es el que de la civilización expuso el Dr. Harris en el *Report* del Bureau of Education de Washington correspondiente al curso de 1897-98, al tratar de la reforma escolar en Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Ahora bien; ese ideal es para nosotros —es decir, para los pueblos europeos y los derivados de éstos en América— el ideal de la civilización europea en lo que tiene de fundamental y común a todas las naciones que en él han colaborado desde la antigüedad más remota. Y sin embargo, hay otros pueblos a quienes no podemos negar la realidad de haber llegado a estados de «gran progreso» en diferentes órdenes de la vida —por lo cual no cabe excluírlos propiamente del grupo de los civilizados—, y cuyo ideal difiere sensiblemente del nuestro en muchas cosas fundamentales. Tal ocurre con la China, v. gr.; y por mucho que el apego a nuestra manera peculiar de ver las cosas se resista a reconocerlo así, es indudable que ese hecho señala la existencia de diferentes direcciones históricas de civilización, por lo menos estas dos: la europea y la asiática. La mayor o menor probabilidad de que la primera absorba a la segunda en lo futuro, aparte de que pueda ser discutida como probabilidad de una absorción absoluta y no de una sustitución parcial en ciertos órdenes del vivir, no quita valor al hecho de que hayan existido y existan hoy esas dos direcciones fundamentalmente distintas, y debe llevarnos a cierta cautela en punto a la

calificación dogmática, inflexible, de las cosas (I).

Volviendo a la consideración de los elementos que integran la civilización, debemos observar dos cosas: la primera es que responden a los diferentes órdenes o manifestaciones de la actividad humana, y la segunda que lo que en ellos se busca no es meramente su existencia, ni aun siempre su desarrollo cuantitativo, sino su *modalidad*, cierta manera de ser que los hace aptos o ineptos para cumplir el ideal de vida a que aspiramos. Y además, debemos advertir que el espíritu no se aquieta con la consideración de que todos los referidos elementos sean propios de la naturaleza humana y a ese título importantes, sino que vuelve con una fuerza invencible a la cuestión de su jerarquía, de su relativo valor que, sin excluir a ninguno quizás, los coloca en serie, ya como reconocimiento de un hecho que está sobre la voluntad de los hombres, ya como operación previa a la adopción de una conducta que reflexivamente lleve lo mejor de las fuerzas humanas al desarrollo o perfección del elemento estimado como preferente o tal

(1) Véase un curioso ejemplo de comparación entre ambas direcciones en el libro titulado *As a Chinaman saw us*, publicado en New York en 1908.

vez como antecedente o condicionante de todos los demás.

Y es indudable que de la diferente posición que en este problema se adopte, derivan distintos criterios de política, de educación y de orientación social, así como un distinto juicio para la historia pasada y presente y para la obra realizada por la humanidad entera o por un pueblo determinado.

Obsérvese la diferencia de esta cuestión con la referente a recibir o no recibir tales o cuales hechos en el grupo de los pertenecientes a la civilización. Aquí está resuelta ya la contradicción que resultaba de las exclusiones e inclusiones que recíprocamente se destruían, puesto que se reconoce la realidad y necesidad de todos. De lo que se trata es de fijar escala o jerarquía entre los diferentes factores de la civilización. Basta comparar la posición ideal de Ruskin preconizando el arte como lo principal, con la de Marx o la de aquellos que estiman como elemento director de la vida el desarrollo económico, del cual derivan los otros o con la de quienes afirman lo mismo del religioso, el moral, etc.

Verdaderamente, ésta es la cuestión capital que el problema de la civilización plantea ante nosotros, porque, a la vez, da la clave para el juicio de lo pa-

sado y lo presente y la pauta para aquel género de esfuerzos y de direcciones reflexivas con que la voluntad y la inteligencia del hombre pueden contribuir a que los hechos de su vida tomen cierto rumbo o adopten una modalidad especial. Podrá decirse, sin duda, que ésta no es propiamente una cuestión histórica, sino una cuestión *política* (en el sentido de plan de vida) o pedagógica en la más alta y extensa acepción de la palabra (1); pero no cabe negar que quienes la tratan han de hallar en la historia datos numerosos para resolverla y que, recíprocamente, su resolución ha de influir forzosamente en el juicio de la historia. Cuando menos, indiferente no puede ser para nadie.

Si ha de triunfar el sentido egoísta y utilitario—en la acepción material de este calificativo—, o el ético y generoso; si la vida presente tiene su finalidad en sí propia o ha de ser orientada hacia una finalidad posterior y ultraterrena, respecto de la cual es aqué-

(1) Como propiamente histórica la consideran, sin embargo, algunas escuelas. Así el marxismo, que no afirma su teoría del predominio del factor económico como una exigencia racional que *deba* cumplirse, sino como el reconocimiento de un hecho que se ha cumplido siempre, y en esa efectividad histórica demuestra su esencialidad.

lla un simple tránsito o una preparación que no merece ser atendida en otro concepto; si el mundo ha de ser y conviene que sea en lo futuro Grecia o Cartago (dando por el momento a estos dos nombres los significados ideales que una tradición, cuya exactitud no discutimos ahora, les ha dado durante siglos), es cosa que a todos debe importarnos y en realidad nos importa, y para cuya estimación no es cosa despreciable la experiencia, que la historia nos ofrece, del resultado positivo de ambas direcciones humanas. Por esto, al lado de toda la argumentación racional que en las discusiones de aquí derivadas esgrimen educadores, políticos, teólogos, filósofos, etcétera, el conocimiento pleno y profundo de lo que ha sido la civilización de los diferentes pueblos inspirados en uno u otro de aquellos ideales o en una mezcla y composición más o menos proporcionada de ellos, es base indispensable y nos conduce, desde el campo de los problemas que se agitan en el orden de pensamiento correspondiente a otras ciencias, al propio de la Historia estricta: nueva comprobación del enlace orgánico, de la dependencia íntima, de la unidad interna en que se reúnen todos los órdenes de la realidad. Saber realmente lo que la humanidad ha hecho y los resultados efectivos de cada

una de sus acciones fundamentales, sin mezclas de leyendas y de prejuicios, sin sustituciones de la verdad comprobada por supuestos precientíficos, es, pues, una exigencia que trasciende de la propia finalidad de la Historia y desborda hacia la arena candente de las más altas preocupaciones con relación al porvenir; y claro es que si respecto de muchas cosas de ese saber, un reconocimiento leal de lo que poseemos verdaderamente como digno de fe y estima arroja un balance en que las inseguridades y las lagunas son aún considerables, esta parte valiosa de argumentación no podrá tener más que un valor relativo y una aplicación limitada; y eso es lo primero que el historiador tiene derecho y deber, juntamente, de confesar y de argüir a quienes usan las armas que le son propias (y respecto de las cuales él solo tiene autoridad para emitir juicio), en provecho de cuestiones de otro orden. De ahí deriva, pues, la importancia capital, en su aspecto práctico, de una exacta, completa, científica historia de la civilización; y por eso todas las investigaciones de historiadores propiamente dichos, de sociólogos, de economistas, de pedagogos, de psicólogos, etc., respecto de los factores que realmente han actuado y actúan en la vida humana, de su manera de funcionar, de sus ac-

ciones y reacciones mutuas, de su jerarquía; y en fin, de sus efectos, son capitales para la verdadera y honda comprensión de la historia humana, y por ello debe exigírseles el más riguroso espíritu científico en los procedimientos y en las conclusiones. Mientras no tengamos en éstas la seguridad que inspiran las verdades comprobadas, no estaremos autorizados a usarlas como base para ningún género de deducciones; y he aquí una de las cosas que conviene dejar sentadas en el proceso de nuestro estudio para responder a los que sienten impaciencia por contestaciones categóricas.

La otra cuestión que igualmente se nos ofrece como capital, es la de la continuidad y permanencia de la civilización. Sabemos ya, como fruto de la crítica moderna, que la teoría del progreso continuo es falsa; que la historia humana nos ofrece repetidos ejemplos de regresiones y decadencias, ya en un pueblo, ya en grupos numerosos de ellos (los de un continente entero). Sabemos igualmente que civilizaciones muy adelantadas han desaparecido y que de ellas no ha habido transmisión directa a otros pueblos distintos de quienes las crearon, sino que se

produjo un corte, una solución de continuidad, que durante siglos y siglos convirtió en inútil e inaprovechable para el resto de los hombres lo que parte de ellos había conseguido. Y ante esos hechos, no puede menos de ganarnos la intranquilidad en cuanto a lo futuro. ¿No será posible que se repitan retrocesos como el de la Edad Media, que abrazó a toda la humanidad entonces más civilizada? ¿No será posible que toda la obra realizada periclite, se hunda en la oscuridad, se pierda como herencia para los venideros?

No es necesario que acudamos a la interposición de cataclismos geológicos, como los que algunos inventores de novelas han explotado en fábulas sin valor científico. Ni es necesario tampoco que evoquemos el fantasma terrible de la desaparición de la humanidad toda, truncando de golpe su historia y poniendo en el espíritu que considere tal contingencia el escalofrío escéptico de la inutilidad de una lucha que no ha de traer como resultado una vida mejor, de la que alguien disfrutará en lo por venir, sino que está destinada a cortarse de pronto sin provecho para nadie. Basta suponer la posibilidad de que sin variación de condiciones climatológicas ni desaparición de porciones considerables de la corteza terres-